

ANALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA

Año XIII

1987

Núm. 26

ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
Manuel Ureña Pastor: Respuesta de la teología fundamental al desafío de la increencia: I. Crítica	225
Miguel Antolí: El principio fundamental de la moral en J. M. Sailer	239
Juan José Garrido Zaragoza: Miguel de Unamuno, voluntad de incertidumbre	259
Bernardo Beny: Platón: del Fedón al Sofista	281
Enrique Giménez López: El peligro austracista en tierras valencianas tras la Guerra de Sucesión	315
Alejandro Mayordomo: Catolicismo y educación en el siglo XIX: el pensamiento pedagógico del catolicismo liberal francés	331
Notas:	
Vicente Collado Bertomeu: Discurso de apertura: año académico 1987-1988	365
Ramón Arnau: Semblanza de don Tomás Belda Doménech, Secretario General de nuestra Facultad de Teología, con ocasión de su renuncia, por motivos de salud	377
Juan Damián García Barber: Peregrinación en la fe de María y Abraham	381
Actividades:	
Miguel Antolí: 23.º Congreso Internacional de Moralistas Alemanes	387
Recensiones	391

FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER, VALENCIA
Sección Diócesis

EL PRINCIPIO FUNDAMENTAL DE LA MORAL EN J. M. SAILER

Por Miguel Antolí

En otras dos ocasiones he afrontado el principio fundamental de la moral. La primera¹ tenía en cuenta el tiempo que va desde F. Tillmann hasta el comienzo de la década de los ochenta. Excepcionalmente entraba también en este estudio J. B. Hirscher, a pesar de que su obra teológica se había realizado en la primera mitad del siglo pasado. El motivo de incluirle aquí era la importancia que unánimemente se le atribuía en el empeño de renovar la teología moral y por estructurarla en torno a un principio único. El contenido de este trabajo dejaba al descubierto un interrogante: ¿Qué suerte ha corrido el principio fundamental en ese largo siglo que va desde Hirscher a Tillmann? Un día pude afrontar este interrogante.² Lo que resultaba de este trabajo es que, si bien el esquema de Hirscher había quedado sin imitadores, la toma en consideración del principio fundamental seguía siendo una constante más o menos acentuada entre los moralistas alemanes más destacados. También se puede observar la coincidencia entre empeño renovador de la moral e interés por apoyarla en un principio fundamental. Después de estas constataciones, surgió espontánea la curiosidad por lo que pueda decir J. M. Sailer que, anticipándose un par de décadas a Hirscher, comparte con él la categoría de gran renovador de la teología moral. A este interrogante intentaremos responder aquí. Se puede anticipar que no le pasó desapercibido el tema: entró directamente en él; lo vio en la caridad, y sus reflexiones son de máximo interés.

La cuestión del principio fundamental es para Sailer un capítulo importante. Cuando expone las características de la moral cristiana, dice: «Si la moral cristiana ha de llegar a ser un todo científico, tiene que resaltar una ley suprema de todo bien, en esta ley suprema han de estar presentes todos los mandatos concretos, y la totalidad tiene que estar contenida y llevada por las ideas supremas». La moral cristiana –continúa Sailer– puede hacer frente a

¹ Nuevos caminos para la teología moral, Valencia, 1978, p. 21–95.

² El principio fundamental desde Hirscher a Tillmann, *Anales Valencinos*, VIII, 15 (1982), 19–102.

este desafío, pues destaca realmente una ley suprema, que es eterna, universal y necesaria, y obliga a todos los hombre de todos los tiempos y regiones³.

Cuando comienza a tratar del principio fundamental, concreta más las exigencias a las que debe responder. No basta que sea la ley suprema del actuar moral, sino que ha de ser también el principio supremo para el recto conocimiento de esta ley suprema, y por cierto en cuanto a su extensión a todos los preceptos y en su aplicación a todas las circunstancias de la vida humana. El influjo del principio fundamental ha de llegar también a los que tradicionalmente se denominan consejos e incluso a las reglas de simple prudencia humana⁴.

Que la moral cristiana cuenta con un principio fundamental capaz de responder a las exigencias mencionadas, lo hará ver Sailer en los tres puntos siguientes: I. La idea de la ley; II. El sentido de la suma de la ley proclamada por Cristo; III. El fundamento o principio supremo de la moral⁵.

I. LA IDEA DE LA LEY SUPREMA

Para iniciar su reflexión sobre esta ley, Sailer filosofa sobre lo que se ha venido diciendo acerca de la finalidad de la creación:

La naturaleza, en la medida que constutuye una totalidad inconmensurable e inexplicablemente bella, revela a la vez el cuadro de lo eterno, el cuadro de la belleza originaria – Dios. La naturaleza, por tanto, no tiene ni puede tener otra ley, según la cual obra necesariamente, que ésta: En todas sus imágenes mudables y temporales revelar lo eterno (Dios), y en todas sus imágenes de la totalidad inconmensurablemente bella revelar lo bello originario (Dios).⁶

Si esto es lo programado para la totalidad de la creación, las voluntades libres, humanas o angélicas, «no pueden tener otra ley para su libre obrar, que, en todas sus actuaciones libres, revelar la libertad suprema –Dios, y en todas sus imágenes de lo más bello revelar lo bello originario –Dios.»⁷

³ *Handbuch der christlichen Moral*, I, München, 1817, p. 128–129.

⁴ O. c., p. 184–185.

⁵ O. c., p. 138–139.

⁶ O. c., p. 140.

⁷ O. c., p. 140–141.

Esta gran ley de la actividad humana libre es divina tanto por su origen, pues viene de Dios, como por su contenido y plenitud, ya que ofrece una revelación de Dios y clarifica a la humanidad en Dios y a Dios en la humanidad.⁸

Esta gran ley de la actividad humana libre se llama y es, en relación con lo que ofrece, ley de la santidad; en relación con lo que promete, ley de la justicia; y en cuanto que, en el reino de la justicia, la plena santidad coincide con la plena felicidad, ley de la felicidad.⁹

Esta ley es también ley del Reino de Dios, «en la medida que la voluntad ha de obedecer a la ley de Dios, igual que la naturaleza lo hace por necesidad, y en la medida que tanto la naturaleza como los seres libres, tanto en el hacerse y en el ser como en la plenitud de la bella y suprema totalidad, son realmente el Reino de Dios, Dios el todo en todos».

Esta gran ley, finalmente, se llama y es la ley de Cristo, en la medida que Cristo, en sus enseñanzas, en su vida, en su Espíritu, en su Iglesia (en su cuerpo místico), la describe vitalmente. Dado que Cristo ha resumido esta gran ley en la conocida suma de la ley (Mt. 22, 37-40), hay que investigar y describir el sentido profundo de la misma.¹⁰

Esto último es lo que va a hacer Sailer en el apartado II. Aquí vamos a resumir su pensamiento, renunciando normalmente, en aras de la claridad y brevedad, a aportar literalmente sus expresiones, y limitándonos a los aspectos que consideramos más sustanciales.

II. LA SUMA DE LA LEY DADA POR CRISTO

Sailer estudia en cuatro apartados lo que Cristo proclamó como el mandamiento principal de la ley: Primero trata del amor a Dios, como contenido del primer mandamiento; luego, del amor al prójimo, como contenido del segundo; después estudia la unidad del amor a Dios y al prójimo; y finalmente reconoce que esta suma del amor no es más que otra manera muy

⁸ O. c., p. 142.

⁹ O. c., p. 142-143.

¹⁰ O. c., p. 143.

valiosa de expresar la gran ley de la actividad humana libre, vista en el apartado I.

A. Amor a Dios

1. Clarificación de lo que es el racional y dominante amor a Dios.

Sailer hace un precioso análisis de lo que es y comporta este amor racional y dominante a Dios. Apoyándose en la Sagrada Escritura y en las exigencias de la razón, lo resume así: Es la suprema complacencia racional en Dios, como amor originario y perfectísimo y como belleza originaria. Esta complacencia suprema es adoración respecto de la santidad, gratitud como respuesta a los dones recibidos, confianza en relación con el gobierno del mundo, obediencia a los mandatos explícitos de Dios, resignación y conformidad ante sus planes y designios, amor fraterno a los seres racionales que comparten con nosotros la condición de criaturas; y finalmente, amor a Cristo, ya que en él se ha revelado la divinidad en grado máximo.¹¹

Esta síntesis la desmenuza Sailer en cada uno de sus elementos:

a) Complacencia total

Empieza por destacar, como un presupuesto que no se debe perder de vista, el hecho de que Dios ~~existe~~ existe y es la belleza original. Este Dios al que la razón descubre, se revela al hombre como amor eterno, como Padre de los hombres; su ley es santa y su recompensa justa; su guía es benevolente y luminosa, vitalizada por un amor originario y perfecto.

Está claro cuál tiene que ser la respuesta del hombre que, bajo la acción de Dios y la educación de los hombres, se ha liberado del mundo de los sentidos y se ha capacitado para contemplar la belleza suprema. La respuesta no puede ser otra que la complacencia pura y absolutamente racional en Dios, que para el hombre representa la belleza originaria y el amor eterno.¹²

¹³ O. c., p. 153-154.

¹² O. c., p. 144-146.

b) Tendencia a la semejanza, y a la alegría consiguiente

Cuando la belleza originaria ha despertado la complacencia en un ánimo acogedor, a medida que se aposente la contemplación de esta belleza, irá surgiendo una tendencia a asemejarse a la belleza original y a ser una misma cosa con ella, dado que el apetito hacia lo bello sólo puede ser satisfecho por la asimilación y unión con la belleza originaria.

Esta complacencia pura en Dios se traduce en una vida nueva, en una alegría revitalizadora del espíritu, que redunda también en el cuerpo.

Por supuesto que esta complacencia en Dios es también amor a Dios, amor racional a él. Pues el amor de lo eterno es imposible sin una victoria sobre lo temporal, y ésta es un acto de la naturaleza racional, el movimiento más precioso de la voluntad libre hacia arriba.¹³

c) Complacencia dominante y adoradora

La complacencia pura en Dios que va anidando en el ser humano, gradualmente puede alcanzar un asentamiento tal, que se convierte en dominante. Sailer ve en esto un proceso común a toda la naturaleza: A partir de un capullo inicial, se llega a la madurez.

Cuando el amor a Dios se convierte en dominante, es verdadera adoración de Dios. Pues igual que la belleza originaria (Dios) es necesariamente el amor santísimo por esencia, así también la dominante complacencia en ella es por sí misma la adoración suprema de lo santo. El espíritu amante da la primacía a Dios sobre todo lo demás, lo proclama como el santo sobre todo lo bueno, y aspira a asemejarse y ser una misma cosa con él: Así vive y demuestra la veneración suprema dirigida a Dios.¹⁴

d) Gratitud y confianza

Este amor dominante honra la belleza originaria, el amor eterno, en todos los dones particulares y en todos los pasos que se dan en el gobierno del mundo; es, por tanto, gratitud y confianza, porque todo lo que se nos da o dará, se recibe como regalo de la bondad y amor eternos; confianza, porque todo lo que el amor eterno hace en el universo, lo ve como obra del amor; y

¹³ O. c., p. 146–148.

¹⁴ O. c., p. 150–151.

como de éste sólo espera lo mejor, puede descansar en el regazo maternal de la Providencia.¹⁵

e) Obediencia a Dios y amor al prójimo

El amor dominante a Dios es, según Sailer, una vitalidad plena, una actividad pura, y demuestra su actividad en el acatamiento de todo lo que es voluntad, mandato, ley u orientación de parte de Dios. Para ser uno con Dios, ante todo hay que ser uno con su voluntad, es decir, estar sometido a ella.

Uno de los campos en el que principalmente se debe ejercitar la obediencia a Dios es el «amor al prójimo, en el que se concreta el segundo mandamiento de Dios, semejante al primero. Para asemejarse al amor eterno, ha de querer imitarle en el amor, asemejarsele en el amor, que ama a los hombres como imágenes de Dios.¹⁶

f) Amor a Cristo

Este amor, en uno que ha conocido a Cristo y ha sido orientado por su mensaje, es necesariamente amor a Cristo. No puede amar a Dios y dejar de amarle en su reflejo, en su imagen perfectísima. Este amor a Cristo no es otra cosa que complacencia íntima en él, adoración, confianza y gratitud para con Cristo.

g) Un amor acorde con los parámetros de la razón

Para que este amor dominante sea conforme con la razón, tiene que acomodarse a esta regla: Ama y honra a todo ser según el amor y honor que merece. De acuerdo con esto, a la belleza originaria corresponde una complacencia suprema, a la que acompañarán esencialmente adoración, gratitud, confianza y obediencia supremas.¹⁷

¹⁵ O. c., p. 151.

¹⁶ O. c., p. 151-152.

¹⁷ O. c., p. 152-153.

2. *Excelencia insuperable del amor a Dios.*

Sailer ofrece un precioso resumen acerca de la belleza y dignidad del amor a Dios:

El amor, así entendido, agota todo el significado del mandamiento: Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu ser y con todas tus fuerzas. Pues como complacencia pura de Dios, consagra el alma en la que se aposenta; como complacencia dominante en Dios, consagra el corazón al que gobierna y vivifica; como adoración de lo santo y como acatamiento de todos los mandatos y orientaciones de Dios, consagra toda la vida, todo pensar, querer y actuar, toda el alma, y con ella el cuerpo, y con el cuerpo la naturaleza, es decir, todas las fuerzas que le han sido dadas al hombre; todo es consagrado al culto de Dios, en el mejor sentido de la palabra.¹⁸

Sailer ve en el amor la mejor filosofía práctica. Pues es lo que la filosofía tiene que ser, una reducción de todo lo verdadero, bueno, bello y feliz a la suprema unidad, que es lo verdadero, bueno, feliz y bello originario en todas las acciones de la vida. Si la filosofía busca la unidad en todo, no le es difícil al amor encontrar la suprema unidad de todo. El amor fácilmente encuentra al Creador en toda criatura, en toda imagen (el hombre) al modelo originario, en toda chispa vital la vida eterna, en todo mandamiento al legislador supremo, en todo designio al guía soberano, en todo don al dador supremo, en toda evolución de la historia al director supremo del mundo.¹⁹

B. El amor a los demás

Entramos a considerar el segundo mandamiento, que Jesús coloca a la altura del primero. El amor exigido por Cristo, en una primera acepción, abarca a todos los hombres y exige una benevolencia para con todos. En una segunda precisión, incluye el dar al que tienes delante lo que le corresponde. Un ejemplo precioso de correspondencia a esta exigencia es lo que hizo el buen samaritano con el herido. Sailer va a perfilar las dimensiones de este amor en su carácter típicamente humano, espiritual e incluso celestial.

¹⁸ O. c., p. 154.

¹⁹ O. c., p. 155.

1. *El amor típicamente humano.*

No alcanzaría el nivel de típicamente humano lo que se pudiera describir como una mera complacencia o simpatía sensible. Tampoco merece el calificativo de amor el bien que se hace sin benevolencia ni simpatía, forzado sólo por el deber. Pero cabe un amor que incluya la benevolencia y la eficacia práctica, que arranque de la conciencia del hombre, es decir, que sea típicamente humano.²⁰ Sailer va a analizar los integrantes de este amor:

a) Amor moral apoyado en el instinto

El hombre tiene la capacidad de colocarse en la situación del otro, de sintonizar con la alegría o el dolor del otro, olvidándose de sí mismo. Es una cualidad natural suya. Veo, por ejemplo, a uno que se cae, y lo entiendo tan bien como si cayera yo, lo siento como si estuviera en su situación.

Incluso puedo hacer más; puedo actuar como si fuera el otro, en cuanto que, obedeciendo a la llamada de la simpatía, hago en realidad lo que hiciera otro, si yo estuviera en esa situación: Levanto al caído y herido, y hago provisiones para su curación.

Está actuando la fuerza de la impresión sensible que estimula al hombre. Esto es el amor natural, manifestación del instinto que obra por necesidad; puede estar ausente la voluntad libre.

Cuando en este plano asoma la chispa de la razón y la acción de la voluntad libre, el amor natural se convierte gradualmente en amor moral. La razón ve que es noble y honesto actuar como uno quisiera que hicieran con él, y la voluntad libre lo hace. Su amor natural se ha convertido en racional y en objeto de la voluntad libre. Es el amor moral.²¹

b) El amor moral, llamado a ser virtud

El encuentro de la razón y la voluntad libre con el amor natural tiene diariamente nuevas ocasiones y nuevos retos, pues el amor natural a sí mismo entra frecuentemente en conflicto con el amor natural a los demás; a veces se mezcla con frialdad y con odio. La voluntad libre tiene que intervenir y despertar la simpatía cuando está dormida, frenarla cuando pudiera

²⁰ O. c., p. 164-165.

²¹ O. c., p. 165-167.

resultar opresora, guiarla para que no llegue a causar daño. Así la simpatía natural se convierte en moral. Entonces, debido a la lucha de la voluntad libre con las exigencias del amor propio y del amor natural, se llama virtud.

Este amor al prójimo, paso a paso, puede ascender indefinidamente en la escala de la cultura moral, pues igual que por los propios sufrimientos aprendo a sentir con los otros, así también por las carencias y privaciones voluntarias, por la propia entrega, por la atención permanente a los cuadros de la miseria ajena, olvidándome de mí ante la alegría y el dolor de los otros y viviendo para ellos, puedo llegar a una altura increíble.

Naturaleza, razón y voluntad se destacan, por tanto, como una unidad en el amor moral al prójimo. La naturaleza da la simpatía, la razón la ley, la voluntad da a la simpatía y a la acción el cuño de la bondad. La naturaleza vendría a aportar la materia prima, la ley la forma y la voluntad la dignidad moral y la belleza.²²

c) El amor moral, muy superior a la simpatía

El amor moral tiene un tamaño y una extensión, que no puede creer la pura beneficencia ni entender la fría razón. Pues puede alcanzar no sólo la situación presente sino también la pasada y futura del hombre. Ante un huérfano o un anciano hambriento, no sólo sintonizo con ellos en relación con la necesidad que sufren, han sufrido o sufrirán, lo cual ya desborda a la simpatía natural, sino que supondrá un nuevo acicate para afrontar sus necesidades presentes y futuras.

Este amor moral se mantiene en su autenticidad, en la medida que la voluntad libre consigue defenderse con perseverancia del amor propio.

El amor moral a los demás contiene en sí toda la dignidad que pueden alcanzar las acciones humanas. Lo que ennoblece a éstas es, primero, el desprendimiento, la renuncia a las ventajas propias, la superación de sí mismo, la entrega; y segundo, la concordancia de la acción con las exigencias de la razón. Ahora bien, precisamente estas cualidades son esenciales al amor moral puro.²³

²² O. c., p. 168–169.

²³ O. c., p. 169–170.

d) Su relación con la ley

El amor moral puro no excluye, según Sailer, la atención al deber, pues quien cumple el madamiento del amor al prójimo, puede conciliar la observancia con vistas a la ley con el amor respecto del prójimo.

Cristo une en su legislación el principio de la observancia del deber y el principio del amor moral, al proponer una ley del amor. Quien, pues, según la ley de Cristo, ama al prójimo como a sí mismo, tiene una veneración sincera al legislador y un amor efectivo al prójimo.

Si el amor moral llegara tan lejos que ya no necesitara el impulso de la ley sería por una parte el mayor amor, y por otra parte la veneración más perfecta del legislador, pues habría alcanzado en plenitud su contenido²⁴

En todo caso Sailer menciona tres ventajas del amor moral respecto del que se basa en el cumplimiento del deber: Primera, el amor moral es a la vez el temperamento sano de la naturaleza humana; segunda, la ley del amor decide en miles de casos más rápida y acertadamente que la ley del cumplimiento del deber; tercera, ya aquí es un germen infinitamente fecundo de alegría pura, y en el más allá, según la intuición de la razón y la enseñanza de la revelación, será la felicidad misma.²⁵

e) «Como a ti mismo», un ideal para el cual hay que educarse

El amor moral al prójimo tiene en su misma expresión legal –ama al prójimo como a tí mismo– ya un ideal que, colocado como meta, presenta continuamente nuevas exigencias al hombre. El amor al prójimo sería igual al amor a sí mismo si tuviera la facilidad, rapidez, intimidad, universalidad, fuerza que reviste el amor a sí mismo. Pero esto no es real, sólo es posible por aproximación gradual, nunca puede ser una adecuación total. Así pues, constituye un ideal, al que se acerca en cada paso que da, pero que nunca lo alcanzará. Sailer ve dos ventajas en este ideal: Está incrustado en el corazón del hombre, y es vivificador. Pues, dado que todo hombre lleva necesariamente en sí mismo la percepción de sus necesidades, tiene en sí mismo la medida para su amor al prójimo. Además, esta medida es viva, dado que la viva percepción de sus necesidades le da la medida de su amor al prójimo a todo el que es lo suficientemente noble como para hacer uso de ella.

Así resulta calro en qué sentido el amor puede ser objeto de mandato: «Tú has de educar tu naturaleza para el amor, has de asentar más y más el amor en tu naturaleza».

²⁴ O. c., p. 170–171.

²⁵ O. c., p. 173.

La ley del amor tiene este gran significado: El amor es la perfección moral suprema, para la cual la humanidad puede y debe educarse. El amor a los demás es, por tanto, prescrito como suma de la ley en incluye estos dos mandatos: Primero, haz, evita, renuncia, soporta todo lo que hecho, evitado, renunciado, soportado puede hacerte asequible el amor moral; segundo, haz, evita, renuncia, soporta todo lo que hecho, evitado, renunciado, soportado puede alimentar, fortalecer, acrecentar tu amor moral, y te puede acercar al ideal del amor.²⁶

Son muy atinadas las observaciones que Sailer nos ofrece acerca del amor al prójimo. Pero para que la consideración esté a la altura de la concepción completa del mandato de Cristo, quiere matizar todavía que se trata de un amor típicamente espiritual y típicamente celestial. Sólo cuando estos dos aspectos se suman al amor típicamente humano, alcanzamos la verdad completa.²⁷

2. El amor a los demás en su típica espiritualidad

Sailer trata de poner de relieve aquí una benevolencia espiritual a todo lo que es hombre. Esta benevolencia extiende sus brazos a todo el género humano y ama en cada individuo no la individualidad sino lo uno en todos los hombres, la condición originaria y el destino de ser imagen de Dios, la esencia de la humanidad en el linaje humano.

Esta percepción la posibilita sólo el espíritu humano como espíritu; pues sólo el espíritu humano tiene la capacidad de captar lo uno en todos los hombres, y de amarlos por lo mismo a todos. Esta extensión del amor a todo lo que es hombre, esta universalidad del amor al prójimo que excluye toda excepción, no depende ni puede depender de la religión de los otros, ni de la fama de su virtud, ni del valor de su cultura, ni de las ventajas o amistad para los que aman, ni del clima o patria, ni de sus necesidades o de cualquier otra eventualidad. De lo contrario, ¿cómo podría ver y mantener el fondo de una humanidad única en los ateos, en los sinnombre, en los disminuídos mentales, en los ingratos, en los extranjeros e incluso en los enemigos?

El amor a los demás, por tanto, para poder ser general, debe estar libre de toda búsqueda de propia utilidad, que en el fondo no es más que búsqueda de sí mismo, libre de parcialidad, que sólo puede ser amor al individuo por su individualidad, libre de toda vanidad y autoglorificación, que no es más que otra manera de buscarse así mismo; debe estar libre de frialdad y

²⁶ O. c., p. 171–172.

²⁷ O. c., p. 173–174.

pereza, que sólo son capaces de limitar el amor; es decir, ha de ser típicamente espiritual para poder ser de una amplitud universal.

En una palabra, en el hombre ha de amar a la humanidad la imagen de Dios, y en la imagen de Dios a Dios mismo.²⁸

Me complace reconocer que estas reflexiones de Sailer son las que más me han ayudado a comprender y a valorar positivamente la supresión de la pena de muerte, como hecho legal en muchos países cristianos. Las ventajas e inconvenientes de este hecho y su legitimidad son todavía objeto de discusión entre personas serias. Las reflexiones de Sailer apotarían una luz notable. No haría falta discutir si el asesino, por su conducta, ha perdido o no el derecho a la vida. La razón estaría en que en el asesino también brilla la imagen de Dios, propia de todo ser humano, que, si bien es indignamente tratada por él, no es borrada ni desfigurada por su mala conducta. El cristiano ve en el criminal no sólo su mala conducta, sino que contempla también en él la imagen de Dios; y ante ella se descubre. Eliminarla de la circulación le resulta inconcebible. El mismo criminal debería ser orientado para que fuera consciente de estas motivaciones. Cualquiera ve que estas reflexiones son aplicables también a otros problemas referentes a la vida humana, como son el aborto o la eutanasia. La vida humana, por ser imagen de Dios, es un valor absoluto, que no se puede negociar bajo ningún concepto.

3. El carácter de típicamente celestial

Lo que Sailer quiere mostrar aquí es que tanto el amor típicamente humano como el típicamente espiritual, reciben su fuerza vital del dominante amor a Dios. Que el amor a los demás tiene su fuerza vital auténtica en el amor a Dios, se evidencia a la vista del origen del amor a Dios. Pues el amor a Dios, considerado en su origen, es según Pablo la fe viva, según Cristo el conocimiento de Dios y de Cristo, según Cristo y Pablo, la misma vida eterna y celestial.

Si el amor a Dios es la vida eterna misma, esta vida celeste y eterna, donde se hace dominante, tiene que dominar todo el interior y exterior del hombre, por tanto también el amor a los demás, poniendo consiguientemente de manifiesto la fuente única celestial de todas las actitudes y acciones gratas a Dios, que están comprendidas en el amor a los demás.

De estas reflexiones concluye Sailer que el verdadero principio vital del amor a los demás es divino, típicamente celestial.²⁹

²⁸ O. c., p. 174-175.

²⁹ O. c., p. 175-176.

C. El amor a Dios y a los hombres como unidad

La dualidad palpable entre estos dos amores, según Sailer, no tiene consistencia en todos los niveles. Está claro que el incipiente e imperfecto amor a Dios y el incipiente e imperfecto amor a los hombres, son dos movimientos separados del espíritu. Pero tan pronto como el amor a Dios es verdadero, racional y dominante, se verifica la santa unidad de todos los movimientos del espíritu hacia Dios y hacia los hombres. Esta unidad se da como una concepción dominante del espíritu, que ama a Dios en Dios y a Dios en el hombre. Allí está la santa unidad como el cumplimiento de toda la ley. Sailer encuentra la explicación de este resultado, a partir de la esencia del amor y de lo bello, y a partir de la esencia del amor a Dios.³⁰

1. Lo que es el dominante amor a Dios y lo que llegará a ser

El amor dominante a Dios es ya aquí una triple unión con él. Como obediencia a todos los mandamientos y aceptación de todos sus designios, es una unión de la voluntad humana con la divina; es una voluntad con Dios en la realización del bien eterno. Como sentimiento de paz procedente de Dios, es una unión del espíritu humano con la felicidad de Dios; es un espíritu con Dios en el disfrute de la felicidad eterna. Como vida verdadera y eterna, como un conocer de Dios y del que él ha enviado, es una unión del espíritu humano con el espíritu de Dios; es un espíritu con Dios en el conocimiento de la verdad eterna.

Esta triple unión con Dios no es todavía la perfecta, capaz de saciar la aspiración fundamental hacia la felicidad eterna. El ineludible arraigo actual en la vida terrena, hace imposible la unión plena con el ser de Dios.

Por este motivo el amor dominante a Dios es un anhelo vital de unión plena con el más allá de esta vida, a la cual se le ha prometido y velado esta unión plena, y tendrá su realización allá, cuando los ojos serán suficientemente puros y plenamente capaces para la contemplación de Dios. Esta será la unión perfecta con él. Tan pronto como desaparezcan todos los obstáculos a la unión perfecta, tendrá lugar la contemplación de Dios en el seno de la eternidad, que la fe ha empezado en el curso del tiempo.³¹

2. Este amor dominante a Dios es ya aquí una unidad santa

Todo amor que no está con su objeto, se vive como un hambre y una sed de unión plena con él. Dado que el hombre, mientras peregrina, se en-

³⁰ O. c., p. 177.

³¹ O. c., p. 178-179.

cuentra fuera de su objeto, su amor a Dios no puede ser otra cosa que el anhelo de unión plena con él.

A todo amor –como argumenta Sailer– debe corresponder una belleza que, una vez ha despertado la unión inicial, estimula el anhelo hacia la unión perfecta y garantiza al sujeto amante la delicia de la unión perfecta, tan pronto como alcanza su objeto. Según esto, al amor a Dios debe corresponder Dios como belleza originaria, que como tal estimula en el sujeto amante el anhelo de la unión perfecta, y una vez lo ha logrado, asegura la felicidad de la unión plena.

Dado que en el espíritu humano está incrustada una aspiración ilimitada hacia lo infinitamente bello, está claro que tan pronto como se despierta esta aspiración e intuye su objeto, e intuyéndolo sacrifica por él todo lo demás, por necesidad ha nacido el amor a Dios. El amor a Dios es, pues, el estado de ánimo en el cual ya aquí se une a la belleza originaria; pero como esta unión no puede ser plena, se abre hacia esa belleza original par unirse plenamente, y se mantiene en esa actitud vial hasta que llega a ser una unión plena.

Contando con estos presupuestos, Sailer llega a la cumbre de su argumentación en favor de la unión de los dos amores:

La belleza originaria es tal respecto de todos los espíritus, de todos los hombres. En todo espíritu humano, la belleza originaria encuentra una huella de la dignidad humana original; atrae hacia sí a todo espíritu humano, en el que empieza a desarrollarse la naturaleza racional, para realizar una unión con todos. Cuando el amor a Dios se hace dominante en el hombre, trabaja activamente para descubrir en cada vecino la huella de la belleza original, para mantener activa la complacencia en Dios y el anhelo hacia la plena unión con él. Es decir, el amor dominante a Dios en su primera tendencia es amor directo a Dios, y en la segunda amor al prójimo: Ama a Dios en Dios, y a Dios en cada uana de sus imágenes.

El amor a Dios y al hombre es, por tanto, una unidad. Es la dirección del espíritu hacia la belleza que, como expresión originaria, se llama Dios; como imagen glorificada se encarna en los ángeles y los espíritus glorificados; como imagen velada, se llama hombre, mundo de los hombres.³²

Queda por mencionar la relación que existe entre la ley del amor y la ley suprema de la actividad humana. Para Sailer son dos formas de expresar lo mismo. Quedémonos con esto, dado que el mismo Sailer se esfuerza poco en demostrarlo.

³² O. c., p. 179–182.

III. EL PRINCIPIO FUNDAMENTAL DE LA MORAL

Para Sailer está fuera de toda duda que la ley del amor a Dios y al prójimo es la primera y suprema ley del hombre. La razón que da es la siguiente: Igual que Dios, como esencia de las esencias, no tiene ni puede tener ninguna por encima de él, así tampoco el amor, como ley de leyes, no tiene ni puede tener ninguna otra por encima.

Pero esta condición no es suficiente para tener el principio fundamental de la moral. A éste se le exige además que sea el principio supremo para el recto conocimiento de esta ley suprema, incluso en cuanto a su extensión a todos los preceptos, consejos y normas de prudencia, sin olvidar su aplicación a todas las circunstancias de la vida humana. Estas exigencias no las considera satisfechas con la razón que acabamos de mencionar. Con el fin de responder debidamente a la nueva cuestión, añade unas reflexiones que vamos a resumir aquí.³³

Antes de exponer su propio pensamiento, recuerda Sailer que existen otros altos principios que, como amplios depósitos, junto a otros contenidos incluyen también la ley del amor. Como ejemplo de ello, menciona a Fenelon y su intérprete Ramsäy, quienes, a pesar de reconocer en el santo amor la ley suprema de todo querer humano, han puesto como principio supremo de toda moral este axioma: Ama y respeta a todo ser según su dignidad, según su valor interno. En opinión de éstos, la mejor regla para la voluntad finita es sin duda la regla de la voluntad infinita. Y ésta, Dios se ama a sí mismo con amor absoluto, porque es el bien absolutamente supremo, y ama a todas sus criaturas según su participación en el bien supremo, que es él mismo. Esta regla de la voluntad divina es la ley universal de todas las inteligencias, es la ley eterna e inmutable. De este su fundamento supremo derivaron ellos todas las leyes y virtudes divinas, humanas, cívicas y morales.³⁴

Sailer no rechaza el principio de Fenelon ni le muestra ninguna antipatía. Es posible que, como ha ocurrido a otros tratadistas posteriores, experimentará la dificultad de dilucidar con evidencia esta cuestión, que todavía hoy deja mucho margen a lo opinable. No obstante, Sailer justifica su propio principio, dando los cuatro pasos siguientes:

1. *La ley del amor es el principio supremo del actuar, es la máxima de la voluntad que lo determina todo*

³³ O. c., p. 184–185.

³⁴ O. c., p. 185–186.

Quien, en su amor a Dios, se pone como pauta suprema a Dios como modelo originario y como muestra de todo bien, y a la voluntad de Dios como ley de todo bien; quien en su amor a los hombres se pone como punto de mira permanente el bien del prójimo al nivel del amor a sí mismo, ese tal no puede menos de ser bueno y de obrar el bien. Más concretamente: a) Será bueno y obrará el bien en relación con Dios, porque amando y venerando a Dios sobre todo como el modelo originario (de todo bien) y como legislador de todo bien, hace de la voluntad de Dios la pauta suprema en todas sus decisiones y metas, en todas sus acciones y omisiones. b) Será bueno y actuará bien en relación con los demás hombres porque, vivificado por el amor a Dios hace objeto de su atención permanente el bien de la humanidad, en la cual ve reflejada la imagen de Dios, honra a Dios en el hombre. c) Será bueno y obrará el bien con vistas a sí mismo, cuando mira la conservación y perfeccionamiento de sí mismo como una condición sin la cual no puede favorecer el supremo bien común de la humanidad, y como una exigencia de la ley divina; de esta manera honra a la humanidad en sí mismo, y en la humanidad honra a Dios.³⁵

2. La ley del amor es la ley fundamental de la voluntad humana

Quien tiene la decisión predominante de amar a Dios sobre todo y al prójimo como a sí mismo, posee la decisión espiritual, que un hombre puede y debe tener, para cumplir todos los mandamientos concretos de la conciencia según el espíritu de estas exigencias.

- a) Pues quien tiene esta decisión predominante, orienta la santificación y la felicidad del linaje humano, lo cual es la voluntad eterna de Dios, hacia su fin, aspira por tanto a realizar el supremo bien común. Consiguientemente echa por tierra todo dominio de las inclinaciones egoístas; es por lo mismo auténticamente bueno.
- b) Esta actitud, como amor a Dios, abarca todos los mandamientos concretos del Señor (incluidos los de la conservación y perfeccionamiento propios). Como amor a los demás, abarca no sólo a toda la humanidad, sino también todas las condiciones, sin las cuales no se puede propiciar el supremo bien común de la humanidad (por tanto también la conservación y perfeccionamiento propios). Quien tiene, pues, esta decisión dominante es completamente bueno. Donde llega a imperar el amor a Dios y a los hombres, surge una

³⁵ O. c., p. 187-189.

actitud de espíritu, que es auténtica y completamente buena; puede ser considerada, por tanto, como ley fundamental de la voluntad humana.³⁶

3. *El amor mismo es un principio moral práctico, con las características de general, necesario, fácilmente aplicable y fácilmente comprensible*

Aquí Sailer empieza destacando lo que está en la base de todo lo que calificamos como bueno, y lo ve concretado en la voluntad auténticamente buena. Los móviles de la voluntad buena no proceden de la naturaleza sensitiva, sino de la naturaleza espiritual superior, la cual, siendo ella misma imagen de Dios, posibilita la manifestación de la naturaleza divina en la humana. Por tanto, lo bueno de la voluntad pura es la esencia divina misma que se revela en el hombre. Todas las acciones del hombre son buenas cuando sintetizan con la voluntad divina, la bondad por antonomasia, y entre sí, en una armonía comparable a la que se da en el proceso vital de un organismo vivo.

Dado que lo divino es la vida de toda moralidad, la vida moral no puede consistir en otra cosa que en la aspiración de la imagen divina en el hombre a conformarse con su modelo originario. De aquí Sailer concluye que en todo hombre tiene que existir la capacidad para el amor moral, que se convertirá en real tan pronto como sean eliminados los obstáculos que existen en el camino.

Como la fuente del amor moral es lo divino en el hombre y su meta es Dios mismo, con razón el amor moral se llama amor a Dios. Este amor es un principio moral, porque en él todo bien moral tiene su origen, persistencia y plenitud. Y no hace falta mucho esfuerzo para ver en él un principio moral práctico, pues no es una mera ley general que apunta a las acciones concretas, sino que es la misma vida moral, que no puede producir más que buenas acciones.

Su carácter práctico no le impide ser un principio general, porque como potencia existe en todos los hombres, y como dominante, separa lo bueno de lo malo en todas las opciones humanas. Reviste también un carácter de necesidad, pues esa capacidad de separar lo bueno de lo malo no le viene por casualidad sino que procede de su misma naturaleza, hasta tal punto que el amor, antes se apagaría que se dejaría mancillar por algo malo en la esfera de sus actuaciones.

Como principio moral práctico es fácilmente aplicable, porque, a manera de instinto sin reflexión explícita, aparta la voluntad del hombre del mal y le conecta al bien. Es además fácilmente comprensible, porque cualquiera

³⁶ O. c., p. 189-190.

puede percibir claramente lo que vive en sí mismo; y el amor es la auténtica vida del hombre. No habla como una fórmula teórica igual para todos, sino acomodándose a la condición y capacidad de comprensión de cada uno.³⁷

4. *El principio del amor puede ser considerado también como un principio teórico, como el principio del conocimiento para la moral*

Pues en el «Ama a Dios sobre todo», pueden ser comprendidos todos los deberes concretos para con Dios; y en el «Ama al prójimo como a ti mismo», se pueden incluir todos los deberes de benevolencia para con los demás hombres. Dado que el amor al prójimo es un amor racional y conectado con el respeto, incluye también los deberes de justicia para con los demás.

Queda por definir la situación en que quedan los deberes para consigo mismo. Sailer encuentra dos vías para incluirlos en el mandamiento del amor: a) Todo lo que sea conservación y perfeccionamiento de sí mismo puede ser considerado como mandato de Dios, que nosotros como fieles amantes suyos lo convertiremos en guía de nuestra vida. Además la conservación y perfeccionamiento de sí mismo son condiciones sin las cuales no podemos desarrollar en nosotros la semejanza moral con Dios. En este sentido coinciden con el amor práctico a Dios. b) Pero la conservación y perfeccionamiento de sí mismo son condiciones indispensables para realizar el bien común supremo, que es la santificación y la felicidad de todos; nos son necesarias para cumplir nuestros deberes con los demás. En este aspecto, la conservación y perfeccionamiento de sí mismo se unifican con el amor a los demás. Por tanto, pueden ser entendidos como derivados del amor a Dios y del amor al prójimo.³⁸

Con las reflexiones precedentes, Sailer ha procurado justificar que la ley del amor es el principio fundamental de la moral.

Aquí podría detenerse, pues ha conseguido poner de relieve la altura del mandato del amor y la omnipresencia del mismo en toda la vida moral. Pero no se detiene y añade unas consideraciones, que por nuestra cuenta las clasificaríamos como vacilaciones, a la hora de asentar definitivamente el principio fundamental de la moral.

5. *«Obedece a la naturaleza racional» es un principio más supremo todavía*

³⁷ O. c., p. 190–193.

³⁸ O. c., p. 193–194.

Sailer dice que el principio del amor no es ni el supremo en el curso del pensar, pues lo podemos encauzar a otros más altos, ni el suficiente por sí solo para la plenitud de la ética misma, pues si queremos completar la ética, la tenemos que relacionar con principios básicos más elevados de la razón y también con otras expresiones claras de la revelación cristiana.

La base completa de conocimiento para la moral en el cristiano es en parte interior, es decir, las expresiones claras acerca de la voluntad de Dios en la naturaleza racional del hombre; y en parte es exterior, es decir, las proclamaciones claras de Cristo acerca de la voluntad de Dios. Según esto, dice Sailer, es deber para ti todo lo que se te presenta como deber en el axioma supremo del hombre: Obedece a la naturaleza racional, y en el axioma supremo del cristiano: Obedece al mandato de Cristo.

Pero la argumentación de Sailer no desemboca en un doble principio, como acaba de aparecer. El mandato de obedecer a Cristo lo ve incluido en el axioma: Obedece a la naturaleza racional. Pues tan pronto como el hombre reconoce el mandato de Cristo como palabra de Dios, la razón misma le dice: Obedece a la palabra de Dios, que te habla por medio de Cristo; obedece a la verdad suprema, tanto si te es comunicada en el fondo de tu conciencia como si te viene por Cristo. Así la fe racional del cristiano no sería otra cosa que el acto de obediencia a su razón, a su propia conciencia, a la voz de Dios; aquí hay tres expresiones que dicen lo mismo. La base completa del conocimiento de la ley divina moral es resumida también para el cristiano en el axioma: Obedece a la naturaleza racional.³⁹

Sailer añade unas consideraciones encaminadas a explicar esta conclusión a la que ha llegado. No consideramos necesario aportarlas aquí, pues no modifican en nada las tesis referidas.

Quizás estas vacilaciones expliquen el hecho de que Sailer no haya sido presentado como defensor de caridad como principio fundamental de la moral, con el relieve que han conseguido Hirscher o Tillmann, cada uno en su línea. No obstante, el estudio precioso que Sailer hace de la caridad es profundo y conmovedor. Siguiendo el hilo de su pensamiento, uno no acaba de explicarse que Sailer someta el principio de la caridad al principio de obedecer a la naturaleza racional. Tal vez se llevó ahí el deseo de establecer un puente y entablar un diálogo con el hombre y con la cultura de su tiempo, que era una aspiración muy viva en el ánimo de Sailer. Su meta no era reproducir la moral del pasado inmediato, sino la fidelidad a la revelación y el servicio al hombre inquieto de su tiempo. ¿Fue esta preocupación un factor decisivo en la orientación final del tema acerca del principio básico de la moral? Es una pregunta que dejamos al descubierto.

³⁹ O. c., p. 194-195.

Es digno de admiración que Sailer, siendo pionero en el empeño por renovar la moral, enfocara con tan marcado acierto el problema del principio fundamental y llegase a soluciones, que desmerecen poco, comparadas con las que se han dado siglo y medio después.